

LA EDUCACIÓN  
Y EL ORDEN SOCIAL

BERTRAND RUSSELL

LA EDUCACIÓN  
Y EL ORDEN  
SOCIAL

Consulte nuestra página web: [www.edhasa.es](http://www.edhasa.es)  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Education and the Social Order*

Traducción de José Vicuña y Ángeles Ortuño

Diseño de la cubierta: Jordi Sàbat

Primera edición: enero de 2004

© George Allen & Unwin Ltd., 1932, 1967

© The Bertrand Russell Peace Foundation, 1996

Authorised translation from English language edition published  
by Routledge, a member of the Taylor & Francis Group Inc (c)  
renewed 1985 by Mary J. Watts

© de la presente edición: Edhasa, 1987, 2004

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona

Tel. 93 494.97.20

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

<http://www.edhasa.es>

ISBN: 84-350-2715-5

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita  
de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas  
en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio  
o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,  
y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler  
o préstamo público.

Impreso por Romanyà/Valls S.A.  
Verdaguer, 1. Capellades (Barcelona)

Depósito legal: B-1.264-2004

Impreso en España

LA EDUCACIÓN  
Y EL ORDEN SOCIAL

## ÍNDICE

I. El individuo frente al ciudadano . . . .	11
II. La teoría negativa de la educación . . .	35
III. Educación y herencia . . . . .	55
IV. Emoción y disciplina . . . . .	69
V. El hogar y la escuela . . . . .	81
VI. Aristócratas, demócratas y burócratas . . . . .	95
VII. El grupo social y la educación. . . . .	111
VIII. La religión en la educación. . . . .	127
IX. El sexo y la educación . . . . .	147
X. El patriotismo en la educación . . . . .	165
XI. El sentimiento de clase en la educación . . . . .	183
XII. La competencia en la educación . . . .	201
XIII. La educación bajo el comunismo . . .	225
XIV. Educación y economía . . . . .	249
XV. La propaganda en la educación . . . . .	271
XVI. La reconciliación de la individualidad y el espíritu ciudadano . . . . .	295

## I. EL INDIVIDUO FRENTE AL CIUDADANO



Todos los Estados modernos civilizados comparten la opinión de que la educación es una cosa deseable. Sin embargo, esta idea ha suscitado en todas las épocas la oposición de personas cuyo criterio merece nuestro respeto. Quienes se oponen a la educación afirman que ésta nunca llega a alcanzar los fines propuestos. Por tanto, para estar en condiciones de examinar sus opiniones, tendremos que definir los objetivos que debería alcanzar la educación. Sobre esta cuestión existen tantos puntos de vista diferentes como concepciones de lo que debería ser el bienestar humano. No obstante, la división de opiniones más profunda, que es de naturaleza temperamental, se da entre quienes consideran la educación en relación con la psique individual y quienes lo hacen en relación con la comunidad.

Asumiendo (como argumentaremos en el próximo capítulo) que la educación debería servir pa-



ra proporcionar una formación, y no sólo para eliminar los impedimentos que se oponen al desarrollo, surge inmediatamente la pregunta de si la educación debería formar buenos individuos o buenos ciudadanos. Podría decirse, y lo mantendría cualquier persona de tendencias hegelianas, que no se da una antítesis entre el buen ciudadano y el buen individuo. Un buen individuo es el que se preocupa por el bien de la comunidad, y el bien de la comunidad se configura a partir del bien de los individuos. Y no me atrevería a apoyar o combatir esta tesis en tanto que verdad metafísica última, pero en la práctica de la vida cotidiana la educación que resulta de considerar al niño como individuo es muy diferente de la que resulta de considerarlo como futuro ciudadano. El cultivo de la mente individual no es lo mismo que la producción de un ciudadano útil. Goethe, por ejemplo, fue un ciudadano menos útil que James Watt, pero, como individuo, debemos reconocer su superioridad. El bien del individuo no es una pequeña fracción del bien de la comunidad. Cada persona tiene una concepción diferente de lo que es el bien del individuo, y yo no tengo deseo alguno de discutir con quienes tengan un punto de vista diferente al mío; pero, sea cual sea el punto



de vista que se tome, es difícil negar que la educación del individuo y la formación del ciudadano son cosas diferentes.

¿Qué es el bien del individuo? Trataré de dar mi respuesta a esta pregunta sin pretender en absoluto que todo el mundo tenga que estar de acuerdo conmigo.

Ante todo, el individuo, como las mónadas de Leibniz, debería reflejar el mundo. ¿Por qué? Si no fuera porque la capacidad de conocer y de comprender me parecen atributos magníficos, no sabría decir en virtud de qué prefiero Newton a una ostra. Personalmente considero que el hombre que concibe en su mente, concentradas y destelleantes, las profundidades del espacio, la evolución del Sol y los planetas, las edades geológicas de la Tierra y la breve historia de la humanidad, está realizando un acto distintivamente humano y uno que aporta más al rico espectáculo de la naturaleza. Yo no renunciaría a esta idea ni aun en el caso de que se demostrara, como parece sugerir la física moderna, que las profundidades del espacio y el «oscuro pasado y el abismo del tiempo» fueron sólo coeficientes de ecuaciones matemáticas, porque en tal caso el hombre sería aún más notable como inventor de los cielos estrellados y las edades de an-





tigüedad cósmica: lo que habría perdido en conocimiento lo habría ganado en imaginación.

Sin embargo, aunque el poder cognoscitivo del hombre es la base de su excelencia, no lo es todo. No basta reflejar el mundo; el mundo debe ser reflejado con emoción: una emoción específica en correspondencia con el objeto reflejado y un placer general en el mero acto de conocer. Pero conocimiento y sentimiento tampoco lo son todo en el ser humano. En el constante devenir del mundo forma parte de las causas de los cambios, y al ser consciente de ello, toma conciencia de su poder y lo ejerce. Todo intento de perfeccionamiento del ser humano debería conducir a una máxima ampliación del conocimiento, la emoción y el poder. El Poder, el Conocimiento y el Amor son, según la teología tradicional, los atributos de las tres personas de la Santísima Trinidad y, al menos en este aspecto, el hombre hizo a Dios a su imagen y semejanza.

Al pensar en el hombre como individuo lo estamos considerando como lo han hecho los budistas, los estoicos, los santos cristianos y todos los místicos. Los elementos de conocimiento y emoción en el individuo perfecto que hemos imaginado no tienen un carácter esencialmente social.



Sólo mediante el ejercicio de la voluntad y el poder se convierte el individuo que hemos imaginado en un miembro activo de la comunidad. Aun así, el mejor ejercicio de la voluntad puede hacer del hombre un dictador. La voluntad del individuo considerada aisladamente podría parecerse a una voluntad divina que dice: «hágase esto». La actitud del ciudadano es muy diferente. El ciudadano es consciente de que su voluntad no es la única del mundo y, de un modo u otro, se preocupa de conseguir una armonía entre las voluntades en conflicto que existen dentro de la comunidad. El individuo como tal es autosuficiente, mientras que el ciudadano está limitado por sus vecinos. Con excepción de Robinson Crusoe, todos somos ciudadanos, y la educación no puede olvidar este hecho. Podría alegarse que seríamos mejores ciudadanos si desarrolláramos todas nuestras potencialidades individuales antes de entrar en los compromisos y relaciones prácticas de la vida política. Ahora bien, lo que caracteriza básicamente al ciudadano es su cooperación, si no de hecho, al menos en intención. Pero el hombre que desea cooperar, a no ser que tenga cualidades excepcionales, trata de buscar un propósito ya existente al que dirigir su esfuerzo. Sólo un hombre de una grandeza excepcional



es capaz de concebir por sí solo un propósito en el que merezca la pena cooperar y, una vez concebido, convencer a los demás de ello. Han existido hombres así. Pitágoras pensó que era conveniente estudiar geometría y, desde entonces hasta nuestros días, todos los escolares han tenido motivo para maldecirle. Pero esta forma de ciudadanía solitaria y creativa no es nada frecuente, y no parece probable que sea fomentada por una educación cuya finalidad es formar ciudadanos. Los ciudadanos, según los conciben los gobiernos, son personas que admiran el *statu quo* y que están dispuestas a hacer todo lo posible por mantenerlo. Curiosamente, aunque todos los gobiernos tratan de producir este tipo de persona, sus héroes pertenecen al tipo de persona que tratan de evitar en el presente. Los americanos admiran a George Washington y a Jefferson, pero encarcelan a quienes comparten sus opiniones políticas. Los ingleses admiran a Boadicea, pero la tratarían exactamente igual que los romanos si apareciera actualmente en la India. Todos los países occidentales admiran a Cristo, pero si viviera en nuestros días estaría buscado por Scotland Yard y le sería negada la nacionalidad americana por negarse a empuñar las armas. Sirvan estos ejemplos para aclarar que la ciudadanía no es un ideal



adecuado, puesto que, como ideal, supone una falta de creatividad y una actitud de aquiescencia con el poder, ya sea oligárquico o democrático, y nada de esto caracteriza a los grandes hombres; es más, si se fomentan estas actitudes, los hombres ordinarios no podrán desarrollar la grandeza de que sean capaces.

No quiero que se interprete que abogo por la rebelión. La rebelión en sí misma no es mejor que la aquiescencia, ya que ambas están determinadas por factores externos, no por un juicio de valor puramente personal. La rebelión puede ser loable o censurable según contra lo que vaya dirigida, pero debería existir la posibilidad de rebelarse en ciertas ocasiones y no sólo una ciega aquiescencia producto de una educación rígida. Más importante quizá que la rebelión o el conformismo es la capacidad de descubrir una línea de pensamiento completamente nueva, como lo hizo Pitágoras al inventar el estudio de la geometría.

La cuestión individuo-ciudadano es importante en educación, en política, en ética y en metafísica. La educación tiene un aspecto práctico relativamente simple que puede ser considerado hasta cierto punto independientemente de la teoría. La educación de la juventud es una tarea costosa que,



por lo general, suele recaer sobre el Estado. La única otra organización lo suficientemente interesada en la formación de la juventud para desempeñar un papel importante en la educación es la Iglesia. El propósito del Estado es, por supuesto, formar ciudadanos, pero, por determinadas razones históricas, la consecución de dicho propósito se ha visto considerablemente entorpecida por la tradición. En la Edad Media se entendía por educación la educación del sacerdote. Desde el Renacimiento hasta hace muy poco la educación era la formación del «caballero». Bajo la influencia de la democracia esnobista, la educación ha venido a ser lo que hace que un hombre parezca un caballero. En las escuelas se enseñan muchas cosas inútiles para el ciudadano, sólo con vistas a que los discípulos adquieran cierta distinción. La educación contiene también otros elementos que provienen de la tradición eclesiástica de la Edad Media, cuyo propósito era capacitar al hombre para comprender los designios divinos. Pero distinción y santidad son atributos del individuo más que del ciudadano. La religión cristiana en conjunto es una religión individualista, debido al hecho de haber surgido entre hombres que carecían de poder político. Se ocupan principalmente de la relación del alma con



Dios. Y cuando se interesa por las relaciones del hombre con sus semejantes, considera estas relaciones como resultado de las emociones humanas, no de las leyes y las instituciones sociales.

El elemento político que existe actualmente en el cristianismo surge con Constantino. Antes de Constantino el deber del cristiano era desobedecer al Estado, pero a partir de entonces, por regla general, el deber del cristiano ha sido obedecer al Estado. Sin embargo, el cristianismo conservó un cierto vestigio de su origen anárquico que hizo revivir, en determinados momentos de la historia, el antiguo espíritu de desobediencia. Los cátaros, los albigenses y los franciscanos, cada cual a su modo, rechazaron la autoridad en favor de la iluminación interior. El protestantismo surgió como una rebelión contra la autoridad y no ha sido capaz de encontrar una justificación lógica para el ejercicio de la jurisdicción teológica que trató de reclamar en cuanto se hizo con el control del gobierno. En consecuencia, el protestantismo se ha visto obligado por su propia lógica interna a aceptar la tolerancia religiosa; postura que el catolicismo nunca ha admitido en teoría, aunque en la práctica ha tenido que adoptarla a veces por motivos de conveniencia. En este aspecto, el catoli-



cismo representa la tradición del emperador romano, mientras que el protestantismo supone un retorno al individualismo de los apóstoles y los Padres de la Iglesia.

Las religiones pueden clasificarse en políticas concernientes solo al alma individual. El confucionismo es una religión política: Confucio, en su peregrinar de un tribunal a otro, se preocupaba esencialmente del problema del gobierno y de la inculcación de las virtudes que facilitan el buen gobierno. En cambio, el budismo, aunque fue en sus comienzos una religión de príncipes, es esencialmente apolítico. No quiero decir que siempre haya sido así. En el Tíbet el budismo está tan politizado como el papado, y en el Japón conocí a algunos altos dignatarios que me recordaron a los archidiáconos ingleses. Pero en sus momentos de mayor recogimiento, los budistas se consideran seres solitarios. El islam, por el contrario, surgió desde el principio como una religión política. Mahoma se erigió en líder y conductor del pueblo, y los califas que le sucedieron siguieron siéndolo hasta el final de la Gran Guerra. Una diferencia fundamental entre islamismo y cristianismo es que en el islamismo el califa personifica tanto la autoridad temporal como la espiritual —que para un maho-



metano son equivalentes—, mientras que el cristianismo, por su carácter apolítico, hizo surgir dos grandes rivales políticos: el Papa y el Emperador, el primero de los cuales reclamaba el poder temporal basándose en la carencia de importancia del poder secular. El comunismo, tal como se ha desarrollado en Rusia, es una religión política análoga al islam, aunque con una inevitable influencia de la tradición bizantina. Es bastante probable que el Partido Comunista llegue a ocupar el lugar de la Iglesia, dejando al gobierno secular el mismo grado de independencia de la autoridad eclesiástica que poseía antes de la revolución. En esto, como en otros aspectos, en Rusia se da una mentalidad oriental y otra occidental. En tanto en cuanto Rusia es asiática, el Partido Comunista ocupa el lugar del califato; en tanto en cuanto es europea, dicho partido ocupa el lugar de la Iglesia.

El propósito de este breve resumen de la historia de las religiones era sugerir que los elementos de la educación actual que se ocupan del desarrollo individual son en su mayoría producto de la tradición, y que probablemente irán siendo reemplazados por una educación de carácter ciudadano que, de ser buena, podría aprovechar lo mejor de la cultura individual. Si, por el contrario, es mez-





quina, tenderá a mermar al individuo a fin de convertirlo en una herramienta útil para el gobierno. Por tanto, es importante comprender los peligros que encierran los ideales de ciudadanía concebidos con estrechez de miras. Quienes instituyen los sistemas estatales de educación pueden provocar una degeneración del ser humano, incluso como ciudadano, si no tienen una concepción elevada de lo que debe ser un buen ciudadano. Sólo los hombres de amplia cultura individual son capaces de apreciar lo que esta cultura puede aportar a la ciudadanía. Desgraciadamente, hoy día esos hombres están siendo reemplazados por hombres con habilidad ejecutiva o por políticos que deben ser recompensados por sus servicios.

Una educación cuyo propósito sea formar buenos ciudadanos puede presentar dos formas diferentes, según esté dirigida a apoyar o a derrocar el sistema político existente. Dada la importancia del papel que desempeña el Estado en la educación, hay que suponer que la educación siempre estará dirigida a mantener el *statu quo*. Sin embargo, no es éste el caso. Excepto en Rusia, la influencia de la religión y de la clase media es lo suficientemente fuerte para hacer que la educación siga siendo reaccionaria en los países en los que el socialismo



ha llegado al poder. Por otra parte, antes de la Revolución francesa, y también antes de la Revolución rusa, la educación era principalmente antiguubernamental, si bien no estaba muy difundida. En las zonas más atrasadas de Estados Unidos existe actualmente una tendencia similar. Las universidades del Estado tienden a enseñar, más o menos intencionadamente, doctrinas que repugnan a los ignorantes granjeros que pagan los impuestos con los que se sustentan estas instituciones. Los granjeros piensan —y no es de extrañar— que quien paga al gaitero es quien debe escoger la tonada, pero cuando no entienden al gaitero ni saben qué música está tocando, se sienten perplejos. Sin embargo, a pesar de estas excepciones la educación en el mundo moderno tiende a ser una fuerza reaccionaria que apoya al gobierno cuando éste es conservador y se opone a él cuando es de naturaleza progresista. Además, desgraciadamente, los ideales de ciudadanía que se ensalzan en las escuelas no son los mejores sino los peores. Se fomenta sobre todo el patriotismo en alguna forma militante; es decir, una devoción limitada a las personas que viven en un área determinada en contraposición a las que vienen en cualquier otra, y la voluntad de proteger los intereses de las personas que viven en dicha área me-



dante el empleo de las fuerzas armadas. En cuanto a los asuntos internos, la ciudadanía que suele inculcarse tiende a perpetuar injusticias tradicionales. Durante la huelga general, por ejemplo, la mayoría de los jóvenes acomodados creían actuar de un modo patriótico haciendo de esquiroles. Muy pocos de ellos habían sido educados para poder comprender la situación desde el punto de vista de los huelguistas. Dondequiera que exista una injusticia es posible invocar los ideales de legalidad y constitucionalidad para mantenerla. Los educadores de todos los países, exceptuando Rusia, suelen manifestar timidez ante la Constitución y, bien por conservar sus salarios, bien por esnobismo, suelen ponerse de parte de los ricos. Debido a estas razones, su enseñanza suele poner excesivo énfasis en resaltar la importancia de la ley y la Constitución, aunque éstas ejerzan un efecto paralizante sobre el presente. Por reacción contra este excesivo énfasis, quienes desean cualquier mejora radical del mundo se ven obligados a ser revolucionarios, pero la concepción revolucionaria de lo que es el deber hacia la comunidad está tan expuesta a caer en la estrechez de miras y puede ser tan peligrosa a largo plazo como la invocación de la ley y el orden.



Hay, sin embargo, ciertos aspectos en los que quienes abogan por el cambio serán capaces de impartir una educación mejor que la que darían los que abogan por el *statu quo*. Los hábitos animales son suficientes para hacer que el hombre continúe con sus antiguas costumbres, de la misma manera que un caballo acostumbrado a torcer en determinada calle lo sigue haciendo sin necesidad de que se lo manden. No se requiere ningún proceso mental elevado para el conservadurismo. Los que abogan por el cambio, por el contrario, tienen que tener cierto grado de imaginación para poder concebir algo diferente a lo que ya existe. Tienen también que poseer la capacidad de juzgar el presente teniendo en cuenta el sistema de valores imperante y, puesto que no pueden ignorar que el *statu quo* tiene también sus defensores, deben ser conscientes de que hay al menos dos puntos de vista posibles para cualquier ser humano cuerdo. Además, no están obligados a negar su comprensión a las víctimas de la crueldad existente, ni a inventar complicadas razones para demostrar que no pueden evitarse sufrimientos que son fácilmente evitables. La inteligencia y la comprensión tienden a ser, pues, menos reprimidas por una educación hostil al *statu quo* que por otra a favor de él.



De todos modos, esto tiene sus limitaciones. La hostilidad hacia el *statu quo* puede provenir de dos fuentes: de la comprensión hacia los infortunados o del odio hacia los afortunados. Si proviene del odio, hará en ella tantas limitaciones como en el conservadurismo. Muchos revolucionarios no sueñan tanto con la felicidad del pueblo como con vengarse de los insolentes detentadores del poder que provocan todos los sufrimientos actuales. En relación con el aspecto intelectual, hay que señalar que, entre los que abogan por el cambio, se da una tendencia a organizarse en grupos unidos por una estricta ortodoxia que odia la herejía y la considera como una traición moral que beneficia a los prósperos pecadores. La ortodoxia es la tumba de la inteligencia, sea cual sea su signo. En ese sentido, la ortodoxia del radical no es mejor que la del reaccionario.

Uno de los aspectos en los que la educación del ciudadano (estrechamente concebida) entra en conflicto con la educación del individuo es el que se refiere a la actitud científica frente a las cuestiones dudosas. La ciencia ha desarrollado una serie de técnicas que, esencialmente, sirven para hacer descubrimientos, es decir, para hacer posible el cambio. La disposición mental científica, en términos generales, es aquella que facilita que se realicen des-



cubrimientos, no la que fomenta una fe inquebrantable en las conquistas ya realizadas por la ciencia. Un ciudadano bien educado difícilmente será capaz de hacer descubrimientos, puesto que sentirá un gran respeto hacia sus superiores y sus mayores, venerará a las grandes figuras de la generación anterior y mirará con horror toda la doctrina subversiva. El Estado moderno, que se basa en la ciencia, se encuentra, pues, ante una dificultad. Algunos estados prefieren hombres poco ortodoxos capaces de inventar nuevos explosivos, y otros prefieren que los jóvenes sean ortodoxos y conserven las grandes tradiciones del pasado. Los bizantinos, cuando podrían haber conseguido la ayuda de Occidente a cambio de algunas concesiones teológicas, prefirieron conservar su ortodoxia y fueron derrotados por los turcos. De un modo similar, el almirantazgo británico, al encontrarse frente a la terrible alternativa de escuchar a los jóvenes subversivos o quedarse anticuado conservando su admiración por Nelson, prefirió esto último, a pesar de los sufrimientos que pudiera acarrear el respeto a las tradiciones de los antepasados. Al menos, así lo afirman quienes deberían saberlo.

Una de las contradicciones de nuestro tiempo es que la ciencia, que es fuente de poder, y espe-



cialmente de poder gubernamental, avanza gracias a la actitud mental esencialmente anárquica de los investigadores. La actitud científica no es escéptica ni dogmática. El escéptico considera que la verdad es indescubrible; el dogmático considera que ya está descubierta. El hombre de ciencia cree que la verdad puede ser descubierta aunque aún no se haya conseguido, al menos en su campo de investigación. Pero incluso decir que la verdad puede ser descubierta es más de lo que puede decir el genuino hombre de ciencia, puesto que éste no considera que sus descubrimientos sean algo definitivo, sino sólo una aproximación sujeta a futuras correcciones. La ausencia de irrevocabilidad es la esencia del espíritu científico. Las creencias del hombre de ciencia son provisionales y no dogmáticas, pero, en la medida en que se deben a sus propias investigaciones, son de carácter personal y no social. Es decir, que dependen de lo que el científico ha averiguado mediante la observación y la deducción, no de lo que la sociedad considera prudente que crea el buen ciudadano. Este conflicto entre el espíritu científico y el uso que el gobierno hace de la ciencia conduce, en última instancia, a la paralización del progreso científico, puesto que la técnica científica se utilizará cada vez más para



consolidar la ortodoxia y la credulidad. Para que esto no ocurra es necesario que los muchachos que muestran cierto grado de aptitudes científicas sean dispensados de una educación ordinaria dirigida a la formación de buenos ciudadanos, y que se les conceda licencia para pensar. A las personas que alcancen determinado nivel en los exámenes se les permitirá poner, a continuación de sus apellidos, las iniciales L. P.: «con Licencia para Pensar». En adelante, tales personas no perderán nunca sus cargos simplemente porque opinen que sus superiores son estúpidos.

Hablando más en serio, el concepto de verdad en su sentido más amplio es uno de los más difíciles de reconciliar con los ideales convencionales de ciudadanía. Naturalmente, podría decirse, como sostienen los pragmáticos, que la concepción de la verdad en su forma tradicional no es válida, y que la verdad es sólo aquello que es conveniente creer. Si así fuera, la verdad podría ser establecida por decreto parlamentario. Leigh Hunt\* descubrió que no era conveniente creer que el príncipe regente era gordo ya que esta opinión le había conducido

\* Leigh Hunt: escritor británico (1784-1859), principal representante de la «Cockney School», en la que se incluían también Keats, Shelley y Hazlitt. (N. del T.)





a prisión. De ello se deduce que el príncipe regente era delgado. En un caso como ése resulta difícil aceptar la filosofía pragmática. Es casi imposible resistirse a la convicción de que hay algo objetivo y absolutamente cierto en la proposición de que el príncipe regente era gordo. Desde luego, yo mismo puedo imaginar toda una serie de razonamientos dirigidos a evitar tal conclusión. La palabra «gordo» es un término relativo. Recuerdo que cuando el último director de Christ's College, que no era en absoluto un hombre menudo, se sentó a cenar entre dos de los escritores más eminentes de nuestra época, comentó que tenía la extraña sensación de sentirse delgado. En comparación con algunos cerdos de exposición el príncipe regente podría parecer delgado. Así pues, para que la afirmación de Leigh Hunt pudiera considerarse correcta, debería haber dicho que el príncipe regente pertenecía al uno por ciento de los varones más gordos del país, o algo parecido. También sería posible decir: «la razón entre el peso del príncipe regente y la estatura de su alteza es mayor que la de todos sus súbditos adultos varones excepto en un uno por ciento». Esta afirmación podría aún despertar ciertas dudas, que podrían subsanarse ampliando ese uno por ciento a un dos por ciento.



Y no se puede sostener seriamente que tal proposición fuese cierta porque sea conveniente creerla, ni que sea falsa porque esté prohibido expresarla. He escogido un ejemplo de una época de hace más de cien años que ya no levanta pasiones políticas, pero existen actualmente cuestiones análogas de interés para el gobierno que ninguna persona de mente científica podría negar y que nadie se atreve a expresar por miedo a la cárcel. Todos los gobiernos del mundo adoptan sofisticados métodos para ocultar verdades que consideran indeseables e infligen diversas penalidades a quienes divulgan conocimientos que consideran nocivos para la población. Esto se refiere sobre todo a lo que se considera sedicioso u obsceno. No quiero poner ningún ejemplo puesto que, si lo hiciera, podría caer sobre mí el peso de la ley.

Por las razones expuestas, la educación ciudadana conlleva graves peligros. A pesar de ello, los argumentos en favor de una educación dirigida a producir una cohesión social son aplastantes. Las comodidades de la vida civilizada dependen de la cooperación, y todo aumento de la industrialización exige un aumento de la cooperación. China, por ejemplo, posee todos los requisitos necesarios para conseguir prosperidad y cultura, excepto



un gobierno fuerte y centralizado. América Latina, desde que se emancipó de España y de Portugal, sigue sumida en el subdesarrollo a causa de las tendencias anárquicas de sus habitantes. Existen algunos indicios que hacen pensar que Estados Unidos está dispuesto a seguir el ejemplo de Latinoamérica. Evidentemente, el mayor peligro que amenaza a Estados Unidos actualmente es la falta de sentido cívico de una gran parte de sus habitantes. Este hecho no puede ser atribuido a que su sistema educativo no haya puesto suficiente énfasis en los ideales cívicos; al contrario, todo el aparato educativo estadounidense, desde las escuelas primarias a las universidades, ha tratado de fomentar el espíritu cívico y de enseñar a los jóvenes las obligaciones que dicho espíritu conlleva. A pesar de todo el esfuerzo educacional, el estadounidense medio, ya sea debido a la tradición pionera o al hecho de que sus antepasados directos eran europeos, carece de sentido instintivo de pertenencia a una comunidad que existe en la vieja Europa. Y a menos que llegue a adquirirlo, existe el peligro de que se derrumbe todo su sistema industrial.

Aparte de la cohesión nacional dentro del Estado —que es lo único a que aspira la educación estatal actualmente—, cada vez va siendo más nece-



sario que exista una cohesión internacional, un sentimiento de que toda la raza humana es una unidad cooperativa, si queremos que sobreviva nuestra civilización científica. Personalmente, pienso que para que nuestra sociedad sobreviva es condición mínima que se establezca un Estado mundial y que se instituya un sistema educativo a escala mundial que fomente la lealtad a este Estado. Sin duda, tal sistema de educación pecaría al principio, al menos durante uno o dos siglos, de cierta tosquedad que iría en contra del desarrollo individual. Pero si la alternativa es el caos y la muerte de la civilización, creo que merecería la pena pagar ese precio. Las comunidades modernas se encuentran más vinculadas ahora que en tiempos pasados, tanto en sus estructuras políticas como económicas, y si queremos que alcancen el éxito debe producirse un aumento correspondiente del sentido de ciudadanía en hombres y mujeres. Naturalmente, la lealtad a un Estado mundial no contendría uno de los peores ingredientes de la lealtad a uno de los Estados actuales: la incitación a la guerra. Sin embargo, sí puede suponer una inhibición considerable de los impulsos estéticos e intelectuales del individuo. Creo, a pesar de todo, que la necesidad más vital en un futuro próximo será el cultivo de un ví-



vido sentimiento de ciudadanía universal. Una vez que se haya conseguido asegurar la unidad política y económica del mundo, será posible hacer revivir la cultura individual. Pero hasta entonces toda nuestra civilización se halla en peligro. Considerada *sub specie aeternitatis*, la educación del individuo es, a mi entender, mejor que la educación ciudadana; pero considerada políticamente, en relación con las necesidades de la época, me temo que hay que dar prioridad a la educación del ciudadano.